

MEMORANDUM

DE LA

SOLEMNE VELADA LITERARIA

HABIDA EN EL COLEGIO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS DE
PÁTZCUARÒ, EL 9 DE DBRE. DE 1899

PARA CELEBRAR LA CORONACION DE

Nuestra Señora de la Salud



MORELIA

Imprenta y Encuadernación de Agustín Martínez Mier

COMERCIO, NÚMERO 12

1900.

BT660
.S2
M44
c.1





1080024829



Para solemnizar la Coronación Canónica de la Sagrada Imagen de Ntra. Sra. de la Salud, la Junta organizadora dispuso una Velada artístico-literaria que arreglaron los Sres. Pbro. D. Rafael Nambo y D. Camilo Argüello, y el Sr. Lic. D. Octaviano Cortés, comisionados para ello por la misma Junta, la cual tuvo verificativo la noche del 9 de Diciembre del presente año, en el local del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús.

El patio principal de dicho edificio se decoró convenientemente con rojas colgaduras de flecos dorados, colocáronse en los espacios que hay entre las pilastras superiores medallones con inscripciones alusivas á la Sma. Virgen María, tomadas en su mayor parte de la Sagrada Escritura, y se iluminó profusamente con candiles y candelabros que completaban el adorno.

A las siete de esa noche estaba henchido el salón de numerosa concurrencia, formada de los dignos sacerdotes de la ciudad y de los que de fuera habían concurrido á la Coronación, del Colegio Clerical de la Arquidiócesis, y de numerosas y distinguidas familias de Pátzcuaro y de otros lugares que fueron invitadas á tan solemne acto. A esa misma hora se presentó el Illmo. Sr. Arzobispo que no obstante su enfermedad, quiso presidir este homenaje á la que solemnemente había proclamado Reina, y siempre veneró como Madre Acompañado S. S. I. de los Illmos. Señores Obispos de Querétaro y de Chihuahua, ocupó el elegante trono que se levantaba en la cabecera del salón, á su lado se sentaron los Sres. Prebendados Lic. D. Rómulo Betancourt y Lic. D. Manuel Hinojosa y en los asientos de la derecha los miembros del V. Clero.

La velada se verificó con total arreglo al siguiente programa

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

125363

PROGRAMA.—1 *Noneto*, formado del Cuarteto Saloma (Sres. L. G. Saloma, F. Baltazares, F. Campa, R. Galindo), y Sres. J. Dessachy, S. Robles, A. Romero, V. Alvarado y C. Castañeda. Sport.

2 *Gioconda*. (aria) Ponchielli.

3 Discurso por el Sr. Lic. D. Octaviano Cortés.

4 *Rigoletto*. (fantasía) Bassi. Sr. Susano Robles.

5 Discurso por el Sr. Pbro. D. Camilo Argüello, Catedrático del Colegio del S. Corazón de Jesús.

6 Oda por el Sr. Pbro. D. Vicente de P. Hinojosa.

7 *Cuarteto de arco*. Grig—Cuarteto Saloma.

8 *Quinteto* (piano y arco) Dvorak—Cuarteto Saloma y Sr. J. Aragón.

9 Poesía por el Sr. Rector de este Colegio, Pbro. D. Rafael Nambo.

10 *Madre Salud y Reina*. Estrofas, por el joven D. Tirso Sáenz, alumno del Colegio del S. Corazón de Jesús de Puebla.

11 *Bohème*. (Solo Tenor)—Puccini.

12 Poesía alegórica del Sr. Lic. D. Rafael Gómez, socio de número de la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española.

13 *Zigeuneweisen*. (solo de violín)—Sarasate. Sr. Luis G. Saloma.

14 Discurso por el Sr. Pbro. D. Francisco Banegas Vicerrector del Seminario de Morelia.

15 Himno á Ntra Sra. de la Salud, composición musical del Profesor D. Juan Girón.

La parte musical estuvo correctísimamente ejecutada: el Señor D. Luis Saloma, fundador de la música de Cámara en nuestra república, maravillosamente desempeñó el número, dejando sorprendida á la concurrencia con su magistral ejecución y con su notable modestia. D. Luciano Robles, profesor de clarinete en el Conservatorio de México, tocó con magnífica precisión y delicadeza, lo que le correspondió del none-to que abrió la velada; igualmente el Sr. D. Rafael Galindo profesor de *violoncello*, maestro de ese instrumento en el Conservatorio Nacional, interpretó magistralmente el *Ave María* con que concluyó el acto. El Sr. Dessachy, que según informes es el único que entre nosotros ha dominado las difi-

cultades del oboe, dió pruebas de su maestría, en el *sport* del primer número. El Sr. D. Rafael Ochoa cantó con maravilloso fraseo y soberbia entonación, el aria de la Gioconda del afamado Ponchelli, no desdiciendo de la merecida fama que alcanzó en los largos años que ha figurado en los elencos de la ópera italiana en la Capital del País. Por fin el Sr. Lic. D. Jesús T. Solórzano, organizador de esta audición, estuvo felicísimo en el *Ave María* que se dignó hacernos oír en vez del himno final que no pudo cantarse por dificultades del momento. Muy merecida es la fama que tiene dicho señor y poco ganaría con nuestros elogios. El y todos los artistas que en estas solemnidades tuvieron parte, dieron muestras no solo de sus conocimientos y aptitudes, sino sobre todo de su buena voluntad y exquisita finura.

¿Para qué decir algo de las composiciones literarias que ahí se escucharon, si su publicación es el principal fin de este *memorandum*? Solo haremos notar la magnífica disposición con que sus autores se prestaron para hacerlas; no dudamos de calificarla de piedad fervorosa, pues iban dirigidas sus obras, al culto de la Madre de Dios: algunos como el Sr. Lic. Gómez, benemérito de la causa católica de nuestro País, tuvo que vencer las dificultades de su edad y sus padecimientos, otros como el jovencito Sáenz, que solicitar licencia de los superiores del Colegio del S. Corazón de Puebla, y todos que dar de mano á sus habituales trabajos y ocupaciones. Pero la nota característica de todas estas fiestas había de ser y fué, la cordialidad y el sacrificio. ¡La Reina de la Salud, en cuyo honor trabajaron, habrá de recompensar sus homenajes!

Pátzcuaro, Diciembre de 1899.

DISCURSO

POR EL SR. LICENCIADO D. OCTAVIANO CORTES.

Ilustrísimos y Rmos. Señores: Señores:

En el gran día de la solemne coronación de la Sagrada Imagen de la Salud, he querido traer un pensamiento que fue-

ra intérprete de los afectos de Pátzcuaro hácia la Reina; que fuera también expresión de la ternura que merece la Madre, y que al mismo tiempo proclamara la gloria de la excelsa Señora que se ha dignado habitar y regir nuestra ciudad como la de un pueblo amado. *In Jacob inhabita.*

¿Qué diré yo, incapaz de tan alta empresa, y más cuando el Verbo humano no alcanza ni á rastrear lo que el Verbo Divino ha obrado, elevando á María antes de todos los tiempos, ni alcanza tampoco á corresponder á la dignación del Hijo que nos dejó como madre nuestra á la que es suya por prodigioso esfuerzo de su poder?

Mas ya que estoy en esta tribuna, porque no podía rehusarme á tributar alabanzas á mi Reina, á quien siempre he amado; procuraré bosquejar, aunque torpemente, alguna de las glorias de esta belleza inmaculada que la Misericordia dió á luz, y manifestar cómo siendo tan grande y estando tan alta pertenece no, obstante, á la pobre humanidad como un don magnífico del cielo y en especial ¡oh dicha! nos pertenece á nosotros.

I

Solo la doctrina católica explica al hombre y satisface completamente la noble ansiedad que tenemos de conocer su principio, su destino final y la causa porque derrama tantas lágrimas y sufre tantos dolores en el transcurso de su penosa vida.

Compuesto de substancias heterogéneas que se excluyen entre sí, levantado por una hácia el cielo y arrastrado por otra hácia la muerte, presencia en cada uno de sus actos el resultado de un desorden que está en él únicamente, en contraposición al admirable orden que es evidente en las cosas que le rodean. Sólo él lucha, sólo en él hay rebelión tenaz é invencible que lo aleja de la deseada paz; y mientras que todos los seres caminan rectamente á su fin, sin desviarse, solo el hombre marcha á ciegas gustando todos los deleites sin hallar la satisfacción perfecta que aquiete sus deseos, y que dejen más vacío su corazón que hoy, como hace sesenta siglos, se muestra igualmente insaciable.

¿Será que el hombre es efecto del acaso? ¡Qué absurdo! Los efectos sin causa no los concibe su razón, y esta es su na-

turaleza específica. ¿Será que el Creador no le asignó un fin determinado? ¡Qué ignorancia y qué impiedad! ¿No asignaría un fin cierto el autor de la inteligencia, facultad que requiere para toda acción un objeto preconcebido?

Tiene, pues, el hombre un fin y los medios para llegar hasta él. ¿Por qué lo desconoce? ¿Por qué de sí mismo no produce sino el tormento y la desesperación?

¡Ah, Señores! la ciencia no lo sabe, y la fé nos lo enseña directamente y prestando los resplandores de su luz á la mutilada razón nuestra.

Por esto sabemos que en el principio, cuando resonaba aún la voz creadora y las cosas creadas entonaban en el Eden el primer himno de la mañana, el hombre desobedeció los mandatos de Dios, se reveló contra Él y desde ese instante perdió la luz que ilumina y enaltece el entendimiento y el amor que fortifica y recrea la voluntad; perdió de vista á aquella belleza eterna que lo sostenía con la esperanza de poseerla, y buscó en los bienes caducos el contento de su alma, bienes que, si seducen, no satisfacen.

Perdida la luz de la inteligencia, apareció en ella el error; perdida la esperanza, se extravió la voluntad y perdido el amor se asentó la soberbia en el corazón humano.

Esta lamentable ruina del primer hombre explica suficientemente el miserable estado de la humanidad, porque hemos recibido de él la herida mortal que recibió, de la que no sanaríamos si Aquel amor soberano que nos dió la vida, no hubiera remediado el mal con amor más grande aún que el primero.

Cuando la naturaleza humana se degradaba prefiriendo el bien sensible al bien infinito, instigada por el primer autor del pecado, la Clemencia y la Justicia se unieron para salvarla, presentando ante los ojos del hombre profanado, la sublime visión de su propia naturaleza, no solo purísima y perfecta como antes lo era, no solo amante y amada con fruición completa, sino, lo que es infinitamente más, unida inefablemente á su mismo Autor y recibiendo de él perfección tan grande, que hiciera verdad la promesa con que fué tentado. *Eritis sicut dii.*

Sí, Señores, en el mismo instante en que el primer hombre perdía para él y para nosotros, todos los dones del cielo, fué rehabilitado de modo tan prodigioso, que su naturaleza, de

humana se hizo en cierto modo divina, porque el Hijo mismo de Dios, tomándola como hijo también de Adán, la llevaría á sentarla á la diestra gloriosa del Padre.

¡Reparación que ideó y llevó á cabo el amor! ¡Enseñanza divina que hizo del castigo el remedio, y que dió al cielo y á la tierra el grandioso espectáculo de Dios abandonando la luz inaccesible en que habita, para asociarse á la pena que había fulminado contra la humanidad, para recibir los dolores y la muerte!

La astucia de la tentadora serpiente quedó vencida, y tembló su altanera soberbia al escuchar de la boca de su Juez, que habría de ser humillada por una mujer, su perpétua enemiga, de la que nacería Aquel que nos había de restituir los bienes perdidos en el Paraíso.

Esa mujer bendita había de dar su carne y su sangre para que en su seno formara el Espíritu de Dios al Primogénito de la nueva vida, de la vida rehabilitada, que no debe terminar y sí confundirse, digamoslo así, con la gloriosa vida del que eternamente es.

Concebida en la mente del Altísimo antes de que apareciera la primera aurora, anunciada cuando se otorgó el primer perdón, profetizada después, como un prodigio porque reuniría la virginidad y la maternidad en su sagrada persona; fué saludada como llena de gracia por un emisario especial de Jehová y consultada también para que diera su aquiescencia á los designios eternos, y ¡oh asombro! Ella entró á cooperar en el plan divino, se asoció á la Augusta Trinidad y engendró y dió vida al que la había creado, permaneciendo pura como purísimo era el fruto de su vientre.

Cierto que Ella tenía la sangre y la carne de Adán, tenía la misma naturaleza humana; pero, predestinada para ser madre del concebido en sus entrañas por obra del Espíritu Divino, no heredó la mancha que entenebrece nuestro ser, porque si nació en el tiempo, ya antes de todo tiempo había salido de la boca del Altísimo, quien la poseía antes de que hubieran sido creadas todas las cosas. *Ex ore Altissimi prodivi. . . Possedit me antequam quidquam faceret á principio.*

Poseerla desde el principio, es haberla predestinado para la mayor dignidad de que es capaz otro ser que no sea Dios mismo; pero otro ser que por gracia esté á tanta altura que pue-

da llamar verdaderamente Hijo al que el Eterno llama también Hijo con igual verdad.

Esta dignidad hizo inmaculada á la Madre del Esplendor de los Santos desde el primer momento en que ha sido; y ciertamente que hay aquí un hondo misterio que no sabré explicaros; solo sé que la gracia concedida no fué un perdón, porque nunca hubo culpa, sino un singular privilegio de Dios Omnipotente en vista de que María, según la bellísima expresión de Bossuet, es el mismo Jesucristo comenzado.

Meditad en esta palabra del genio, Señores, porque encierra un abismo de profundidad, no es arbitraria y sí tiene su apoyo en las Santas Escrituras. ¿No nos dicen, según testimonio de la Iglesia, que María es como la aurora, *quasi aurora consurgens*? ¿Y qué otra cosa es la aurora sino el comienzo del día, esto es, el mismo día comenzado?

¡Oh grandeza que no puede concebir nuestro entendimiento, ni menos expresarse con palabras de la tierra! ¡María desde el primer instante de su ser, nos muestra á nuestro Dios y á nuestro Salvador, y el Padre ya contempla á su Hijo hecho hombre desde que la madre es concebida!

Por esto Ella comparte con Jesús todos los gloriosos dictados con que El fué anunciado y es conocido.

Deseada de las naciones la proclamó Isafas, el profeta lleno de elocuencia, cuando exclamaba: *Cielos, envidad el rocío de lo alto, y las nubes nos den al Justo como una lluvia bienhechora; ábrase la tierra y germine al Salvador, y á la justicia con él.*

¿Y quién fué la cándida nube que envió al hombre la lluvia de la gracia y del perdón? ¿Quién la tierra fecunda que germinó al que borra los pecados del mundo?

María misma, que al pié del patíbulo en el Calvario, se hizo corredentora del linaje humano, cuando fué traspasado su corazón por la espada con que se armó la cólera del cielo para sacrificar á la víctima divina que expiaba nuestra culpa.

Así es que la gloria de la Madre no puede estar separada de la del Hijo para no truncar, permitidme la expresión, la admirable sabiduría que fulgura en la reparación que obró Dios haciendo aparecer al mismo tiempo su Justicia y su Misericordia, castigando aquella y perdonando esta al mismo culpable.

Necesaria, pues, nos es la Madre como necesario nos es el